

Augusto Orrego Luco.—Notas de viaje

Santiago de Chile: 1924



HACE algunos años, leyendo esos paseos arqueológicos de Gastón Boissier, doctos y sugestivos, al llegar, en el Palatino, a esa pequeña *casa de Livia*, escondida entre los palacios de los emperadores, donde el sabio francés nos trae súbitamente la imagen de Marco Aurelio, que esconde en aquel refugio la amarga serenidad con que la vida y el pensamiento trabajaron su espíritu nobilísimo: entonces hemos creído comprender cómo es intensa, natural y sin asomo de artificio la impresión de un hombre cargado de lecturas,—para quien las sombras del pasado tienen viviente realidad objetiva,—ante las ruinas materiales que nuestro recuerdo une al de los hombres desaparecidos, porque el tiempo los conduce más lentamente hacia la muerte.

Van algunos viajeros buscando el atractivo novedoso de las grandes multitudes, de las construcciones prodigiosas, de las enormes cifras con que en la vida contemporánea los pueblos rivalizan. Diferencias de extensión, de cantidad, los seducen. Otros van tras la calidad histórica, buscando el detalle único, irremplazable, que los años han cercado de su virtud invisible, que la historia, un día, marcó para siempre con un privilegio particular.

Las Notas de Viaje del doctor Orrego Luco son las impresiones de uno de estos últimos viajeros. La Rochela, la ciudad de los hugonotes y de la «bonne chère», tiene para él, «desde el primer momento, todo el interés de algo antiguo y de algo extraño; tiene un sello evidente de vejez, de ciudad de otro tiempo, sobre la cual ha caído el polvo de muchos siglos... Es una población que tiene visiblemente escrita su historia en su fisonomía; y esa historia flota en el recuerdo de nuestras primeras lecturas».

Se ve, así, cuál es el carácter de estas notas, que guardan la impresión directa, reciente, de los lugares y monumentos visitados; redactadas, parece, en el sitio mismo de que nos dan imagen tan completa y tan rica. Las páginas sobre el Convento de los carmelitas traen esta data: París, 1921; y la dedicatoria de la nota sobre La Rochela: La Pallice, Diciembre de 1921.

La cultura del doctor Orrego, dirigida esencialmente hacia el espíritu francés, nos da en este libro esas páginas en que los recuerdos de las lecturas anteriores van surgiendo con esa espontaneidad cultivada que no se logra sino como fruto de una larga y permanente educación literaria. Nada hay aquí de artificioso o forzado; no se ha querido hacer de estas impresiones pretexto para ir insertando, así como sobrepuestas, anécdotas o digresiones de hombre de li-

bros. Los recuerdos, las reflexiones, la impresión del paisaje, el hilo caprichoso de una vida que repentinamente toma contacto con los lugares por donde se nos lleva, todo va surgiendo naturalmente del recuerdo estremecido y cobra el valor de la impresión personal que da a la trama de la gran historia el calor de la vida individual, del episodio humano.

Rousseau, Balzac, Hugo, he aquí la época en que el doctor Orrego Luco parece buscar sus hombres predilectos. En torno de ellos, vienen a agruparse multitud de nombres, de episodios picarescos, dolorosos. Reviven también esas admirables figuras de la Revolución, hijas del siglo XVIII, en quienes el trágico advenimiento nos muestra ya los primeros asomos del espíritu romántico.

Antes de llegar a la casa en que Balzac, muchacho, se instalaba definitivamente en París, gracias a la protección de Mme. de Berny, se nos lleva al palacio en que murió Racine, y que, en el siglo XVIII, albergó a Mlle. Clairon, la de la vida casquivana y la voz armoniosa, que los Goncourt nos han revelado en un libro singular.

Síguese después esa serie de percances y caídas que estuvieron como incorporados en la vida de aquel formidable espíritu, que, como los genios arrasados por la ola caldeada de su propio ensueño, vivía siempre fuera de sí mismo.

En la residencia de Passy, la «Casa de Balzac», va anotando el doctor Orrego algunos detalles ligados a la vida del gran novelista: «Levantando unas tablas del piso, se descubría una escalera de servicio, que era también una escalera de escape, por donde Balzac podía huir de sus acreedores sin ser visto. Utilizaba con frecuencia esa escalera el pobre desgraciado, nos dijo el portero, con una magnífica compasión de circunstancias...»

Vemos esa multitud de objetos, piadosamente conservados después de la muerte de Balzac, que llevan a la evocación de sus amigos, de Mme. de Berny, de la condesa de Hanska; de sus interminables y magníficos proyectos, siempre fallidos y siempre renovados.

Luego, la explanada del jardín, desde donde, en tiempos de Balzac, «se veía en las tardes de verano un paisaje ancho, abierto y luminoso: allá abajo el Sena y allá lejos París...» Aquí se reunieron muchas veces Hugo, Lamartine, Gautier, Emilio de Girardin, Heine, Musset, Jorge Sand. Por los senderos del jardín de Balzac, «han resonado las notas sonoras de la risa alegre de Delfina Gay. Era una mujer espiritual y hermosa, que profesaba el culto de la belleza y la elegancia».

En fin, son todas las sugerencias que en un espíritu culto, inteligente, cordial, despierta la visión de la casa, de los objetos materiales a que ha quedado incorporado algo de la vida de un grande hombre.

Lo que se llama la «casa de Víctor Hugo» es la residencia suya en la *Place des Voges*, después de su lamentable episodio conyugal en que fué autor y comediante el suave, erudito y malévolos Sainte-Beuve, «fourbe tortueux», decía su víctima.

El modo de ser de los hombres va formándose a estímulos del «clima y de

la tierra, del espectáculo que impresiona nuestra vista y de la naturaleza en cuyo seno se desarrolla nuestra vida». Pero nuestro autor sabe que ya no es posible buscar las determinantes del fenómeno complejísimo del carácter, y especialmente del carácter literario o filosófico, en las solas condiciones del mundo externo; «por otra parte, dice, también es indudable que, dentro de ese medio, buscamos siempre las condiciones que están más en armonía con nuestra situación moral».

El príncipe de los románticos llegó a esta retirada y apacible Place des Voges, antigua Plaza Real, cuando era monárquico y conservador, amigo del buen rey Luis Felipe de Francia. Esa antigua plaza de *Les Tournelles* estaba llena de recuerdos de los tiempos caballerescos, galantes y violentos. En su recinto, la lanza del señor de Montgomery, guiada por la mano del destino, puso trágico término a la alegre vida de Enrique II. Vivieron allí Marión Delorme, Ninón de Lenclos y Mme. du Chatelet, «la sabia, misteriosa y picaresca amiga de Voltaire».

El palacio de Richelieu estaba, asimismo, en la Place des Voges, junto al palacio del Rey de Francia. El recuerdo del cardenal nos permite leer en estas páginas del doctor Orrego, por natural, aunque escondida, asociación, la gestación de *Le Cid* de Corneille, en violenta oposición con la política del ministro, e inspirado quien sabe por qué ocultos impulsos sentimentales del joven trágico. Siempre, en los momentos en que renueva su literatura, Francia ha dirigido sus miradas hacia España. Corneille, Le Sage, Hugo, Gautier, Barrés... Hoy, es una verdadera pasión la que despierta en los escritores franceses el estudio del elegante, agudo y sinuoso Gracián.

Entre una serie de incidencias y datos curiosos,—aunque no es tan sólo dato ni incidencia la vida de Julie Drouet,

Blanche avec des yeux noirs, jeune, grande, éclatante,
Tout en elle était feu qui brille, ardeur qui rit,

que por cincuenta años ocupa el corazón del rey Hugo, sabemos, por estas Notas, de un libro rarísimo que contiene los grabados hechos por Chenay de los dibujos y bocetos del poeta, «de una fantasía extravagante y que a veces tienen una vaguedad soñadora y deliciosa». Son dibujos que Hugo delineaba sin intención de publicidad, a veces de sobremesa, extendiendo con los dedos la ceniza del cigarro... Acaso por esto mismo pueden revelarnos el interior de aquel espíritu algo mejor que las rimas sonoras y las violentas imágenes de la Leyenda de los Siglos.

Después, una descripción del museo Víctor Hugo, inaugurado en 1902 en esta misma casa de la Place des Voges. Encontramos allí una curiosa colección de tinteros obsequiados por los escritores de la época,—clásicos hoy de la literatura francesa,—para un bazar de caridad, y arreglados por el propio Hugo en una mesa que él mismo fabricó. En los detalles de esta colección, la mirada avezada del doctor Orrego va descubriendo señales características de cada uno de los ilustres donantes. El tintero de Lamartine «es una joya elegante, de un arte

veneciano, fino y sutil, al mismo tiempo fuerte y delicado»; fué acompañado de la siguiente dedicatoria: *Offert par Lamartine au maître de plume, «que tiene la graciosa y noble sencillez de un gentilhombre».*

La excursión a *Les Charmettes*, en las vecindades de Chambéry, corazón de la Saboya, es también ocasión de interesantísimas divagaciones. Aquí vivió unos cortos años, los únicos felices de su vida torturada y deshecha, uno de los escritores de más grande influencia en el espíritu francés moderno: Juan Jacobo Rousseau. Aquí halló breve sosiego a su profunda inquietud, amparado en la ternura de la noble y bella Luisa Leonor de Warrens, cuyo nombre vivirá eternamente, con las páginas de *Las Confesiones*, en las almas generosas y apasionadas.

En los dos capítulos «El convento de los carmelitas» y «La Conserjería», es toda la historia de Francia, desde San Luis, la que ha dejado en las piedras venerables esas huellas que el doctor Orrego va descubriendo y comentando con notable versación, con amoroso deleite. Pero son los días de la Revolución, que dejaron oír en estas cárceles improvisadas sus gritos más trágicos, sus más nobles y viriles actitudes, los que seducen particularmente su atención. Sobre esas murallas escribió Vergniaud, con su propia sangre: «*Potius mori quam scæ dari...*».

En el antiguo monasterio, en otra inscripción de esta época triste, puede leerse: «*Liberté, quand cesseras-tu d'être un vain mot? Il y a trois mois que nous sommes ici enfermées. On nous dit que nous sortirons demain. Est-ce que ce sera un vain espoir?*»; y tres nombres al pie de la inscripción: *Veuve Beauharnais, Citoyenne Tallien, Citoyenne Daiguillon*. De estas tres mujeres, que el pueblo de París había encerrado por sospechosas para la felicidad de la patria, la ciudadana Tallien tuvo muy pronto participación determinante en los sucesos del 9 Thermidor, en la muerte de Robespierre; algunos años después, la viuda de Beauharnais era proclamada Emperatriz de los franceses, aclamada por el pueblo de París...

El recuerdo de André Chénier surge repentinamente con el destello de la razón armoniosa, en ese caos espantable de errores, próximo al poeta a dejar esta vida amarga y absurda:

Vivre est-il donc si doux? De quel prix est la vie,
Quand, sous son joug honteux, la pensée asservie,
Tremblante au fond du cœur, se cache à tous les yeux?

He aquí una indicación, harto débil y apagada, por cierto, de lo que estas *Notas de Viaje* encierran en sus 296 páginas. La frase del doctor Orrego tiene esa elegancia fácil y natural que sólo se cobra en el elevado y continuo ejercicio del lenguaje. No falta el ritmo profundo y grave ni la frase en que vibra, escondida, la flecha aguda de la emoción.

Es lástima que este libro, que con todo derecho debe ser ubicado entre los frutos de la literatura superior, no haya sido impreso con el cuidado de tipografía de que era acreedor. Son múltiples los errores tipográficos que afean su presentación. Lástima es también que el mismo autor, llevado acaso de sus propósi-

tos de sencillez, de facilidad; por huir, talvez, de todo falso atildamiento, haya dejado escurrirse algunas de esas expresiones que no es grato encontrar en los escritos de los académicos. No hubiéramos querido hallar en las Notas de Viaje del doctor Orrego Luco, frases como éstas:... en donde pudiera pasar sin ser *apercibido* (pág. 31);... Ahí *vivió* Luis XI, Francisco I (pág. 68);... Todo eso es de madera de encina encerada, *conservando* su color (pág. 154)... Ésas relaciones *tenían* necesariamente que irse enfriando a medida que la revolución y la Iglesia se *divorcian* (pág. 166);... Ese fué *el origen* de la Conserjería *en sus comienzos* (pág. 216).

Pero todo esto es, ciertamente, demasiado pequeño para que fuera salvado fácilmente por el positivo valor artístico de la obra.

No es que queramos derivar una enseñanza de una obra de arte, como es ésta; es que no queremos callar una reflexión que naturalmente se nos insinúa: Esto que podríamos llamar la elevada educación literaria del doctor Orrego; ese sabio afán de buscar la interpretación y el valor de los sucesos y las cosas en la significación individual y humana que encierran; el hombre como principio y fin de los acontecimientos de la tierra, de los vulgares y colectivos, de los personales y nobles,—único asidero seguro para los que han ido perdiendo la fe en el destino ideal de la vida,—es un punto en que debiera detenerse la meditación de todos aquéllos que alguna parte toman en la rebusca de los fines conscientes de la educación. ¡Cuántos espectáculos dolorosos, de ceguera, de incertidumbre, de falso criterio, no habrían llegado a producirse si no hubiéramos perdido en nuestros estudios el rumbo del humanismo integral, selecto y puro! Infinitos errores derivan exclusivamente de esta pérdida de contacto con la realidad humana.

A. V. C.